

CASTILLA, MADRE

POEMA RÚSTICO

*A D. Juan Luis Estelrich.*

¡ESTA ES CASTILLA!

Déjame, Campo, que te mire á solas,  
mientras me arrullan auras estivales;  
tierra de opimos, pródidos trigales;  
de trigos altos, en rizadas olas.

¡Tierra que, luego, para el hombre inmolas,  
todo tu bien, alivio de sus males,  
y que muestras al Sol, — vivas señales  
de ruda lid, — sangrientas amapolas!

Campo que al Sol, en tan risueños meses,  
descubres tu bondad: mientras bendigo  
tu mar inquieto, de tan ricas mieses,

bendiga Dios los frutos de tu entraña;  
bendiga Dios los panes de tu trigo:  
¡los frutos de tu amor!, ¡el pan de España!

TONADA «DE ARAR»

«La mañana fué serena,  
toda luz, toda bondad.  
Con un aire fresco y puro,  
muy más claro que el cristal.  
¡Bien trabajaron mis bueyes!  
Araron bien á la par.  
¡Bien trabajé con mi yunta,  
por mi oficio de gañán!  
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes  
tan rozagantes: ¡arad!*

»La tarde llegó tranquila,  
toda luz y toda paz.  
Con un aire de Poniente  
que no cesa de cantar.  
Porque huele como á flores  
debe de ser tan jovial.  
Arad, mis bueyes. Aún queda  
campo bastante que arar.  
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes,  
tan recios los dos: ¡arad!*

»¡Ved qué campos tan bondosos!  
Nunca se cansan de dar

bienes con que al fin hayamos  
venturas, amores, paz.  
¡Ved, en tantas, tantas veces,  
cómo se dejan labrar!  
¡Cómo esperan las semillas,  
que en los surcos lloverán!  
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes,  
arad, ¡vive Dios! ¡Arad!*

»Dios bendiga nuestros campos,  
que tales bienes darán;  
que bienes tantos nos dieran,  
por tan noble caridad.  
Se cubrirán de amapolas.  
De espigas se cubrirán.  
Por brisas acariciados  
bajo el Sol canicular...  
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes,  
arad bajo el Sol. ¡Arad!*

»Quiere Dios que cumplan todos  
con un deber ejemplar.  
Con las sus tierras, los hombres,  
cultivándolas en paz;  
con los hombres, las sus tierras,  
que les den sabroso pan,  
y en el reino de los hombres  
cada cual con cada cual.  
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes,  
vos lo ordena Dios: ¡arad!*

»Se va acercando la noche.  
Ya es hora de reposar.

Quien cumplió con sus deberes,  
bien es que repose en paz.  
Las tierras, bajo los cielos;  
los bueyes, en su lugar;  
los hombres, en sus hogares,  
que dichas tantas les dan.  
*¡Basta ya, mi noble yunta!*  
*¡Reposemos! ¡Basta ya!*

## LA SANTA SEMILLA

Sembrador:  
ya los surcos las esperan.  
Lanza, lanza las semillas,  
en gozosa profusión;  
como en lluvia de brillantes  
irisada por el Sol.

Con los frutos que procure  
tu labor;  
del esfuerzo de tu mano,  
que reparte las semillas,  
con acierto riguroso,  
por manera tan veloz,  
nacerán para los hombres  
hartos bienes.  
Tú los siembras, sembrador.

Sigue, sigue;  
por los surcos, entre surcos;  
donde caigan las semillas  
*en gozosa profusión;*  
*como en lluvia de brillantes*  
*irisada por el Sol.*

Y entretanto, — ¡mira, mira,  
cuál tu sombra  
se agiganta, sobre el suelo  
que el arado quebrantó!, —  
nunca olvides  
las palabras de tu Dios.  
Las semillas  
generosas que sembró.  
Cuando fué, para los hombres,  
en los surcos de las almas,  
sembrador.

Nunca siembres en las piedras.  
¡En las almas insensibles!  
Almas tales piedras son.  
Nunca siembres entre espinos.  
En las almas  
que se rinden, sin dolor,  
al influjo  
de la torpe tentación.  
Siembra sólo  
donde el suelo, por ingrato,  
no destruya tu labor.  
En la tierra generosa,  
y en el puro corazón.

Dios lo dijo,  
sembrador.  
¡Siembra, siembra!  
¡Como Dios!

## EL AGUA MANSA

Sigue lloviendo, mansamente,  
constantemente, buenamente...  
Cielos y tierras sólo forman  
una infinita masa gris.  
Teje la lluvia mil cortinas;  
grandes cortinas, cristalinas;  
de leves hilos, á millones;  
en trama leve, muy sutil.

Está la tierra, — que reposa  
bajo la lluvia, — como en éxtasis  
que la mantiene sigilosa,  
y en dulce calma, singular.  
Toda tendida, descubierta;  
por tantos surcos tan abierta;  
bajo la lluvia que en el aire  
tiende sus velos de cristal.  
Y el agua embebe, — generosa,  
que llueve y llueve, — sin cesar;  
con que germinen las semillas  
dentro su entraña maternal.

Surcos tantísimos, tan hondos,  
son otros tantos mil regueros.

Hoy nos parecen lastimeros.  
 En una gran desolación.  
 Mas, cuando al fin las nubes pasen,  
 y brille el Sol en largos meses,  
 cubiertos ya de ricas mieses  
 encantarán al hombre triste  
 y alegrarán al mismo Sol.

Esta copiosa, lenta lluvia;  
 tan abundante, tan copiosa,  
 tan sostenida, tan igual;  
 ésta que baja de las nubes,  
 horas tras horas, sin cesar;  
 ésta que tiende por el aire  
 sus mil cortinas de cristal,  
 ya lo procura, mansamente,  
 constantemente, buenamente;  
 con un influjo persistente,  
 por una gracia providente,  
 con un encanto singular.

Pero entretanto, la tristeza...  
 —¡una tristeza que deprime!,—  
 del gran nublado se desprende,  
 con tanta lluvia, tan sutil.  
 Cielos y tierra sólo forman  
 una infinita masa gris...

## SEÑOR JUAN

Mientras las espigas brotan,  
 mientras las espigas crecen,  
 va á verlas todas las tardes  
 Señor Juan, el de *Dos Fuentes*.

Señor Juan es un abuelo  
 bonachón, asaz alegre,  
 que fué, por aquestos campos,  
 y en gratas horas, ya lueñes,  
 semirrayo, por lo vivo;  
 semirroble, por lo fuerte.

Hoy, si las fuerzas le faltan,  
 si va perdiendo su temple,  
 goza con mirar el gozo  
 del que lucha, de quien vence.  
 Y al campo torna con tales  
 pensamientos en la mente.  
 Por consolar sus dolores,  
 con los ajenos placeres.  
 Sin envidiar las extrañas.  
 Feliz con su propia suerte.  
 Tal lo quiso Dios del Cielo,  
 y en vida tal perseverare.

Su cara dice su gozo  
mientras ve, con vista débil,  
cómo retorna la vida  
por los sus campos solemnes;  
con tantas rústicas flores,  
con tales galanas mieses.

Lo ve, y en tanto lo mira  
bendice tan ricos bienes,  
con unas dulces palabras  
que saben á ricas mieles.

Y es de escuchar cuanto dice,  
para la Vida que vuelve.  
Y es de admirar el ejemplo,  
el gran ejemplo, que ofrece.  
Porque bendice á la Vida  
mientras lo postra la Muerte.

## LA FLOR EN LA MIES

*¡Las espigas crecieron!*

Fueron entonces de un color  
fino, muy fino : verde mar.  
Y el mar de espigas onduló,  
mil y mil veces, muy sereno,  
bajo la viva luz solar.

*¡Los trigos se doraron!*

Y fué apuntando mucha flor  
entre las mallas del tragal.  
Y el mar de espigas onduló,  
mil y mil veces, muy florido,  
bajo la ardiente luz solar.

*¡Los trigos florecieron!*

Con amapolas ¡á millares!  
rojas, muy rojas; como labios  
de fresca boca virginal.  
Con margaritas, ¡á millones!  
Como si hubieran deshojado  
sobre los trigos, al azar,  
todas las flores virginales  
de un opulento naranjal.

*¡Ah, los trigos alegres!*  
 Bajo los soplos de la brisa  
 que va besándolos fugaz,  
 que va partiéndolos en ondas,  
 que va rizándolos jovial.  
 ¡Tan salpicados de amapolas,  
 de margaritas salpicados,  
 bajo la clara luz solar!...

*¡Ah, los trigos risueños!*  
 Entre sus ondas, ha surgido  
 blanca figura virginal.  
 Una garrida moza rubia,  
 que al ir cruzando por los trigos  
 se va prendiendo muchas flores,  
 con un donaire singular.

*¡Ah, los trigos felices!*  
 Tienen al cabo nueva flor,  
 hermosa flor, con moza tal;  
 bajo la ardiente luz del Sol,  
 bajo la brisa tan fugaz.

Agora fué que ya brotó  
 la flor mejor  
 del buen trigal. ¡El buen trigal  
 ahora fué que floreció!

## EL NUBARRÓN

Sobre el campo, tan florido;  
 sobre el trigal, tan hermoso,  
 que todas las tintas luce  
 de los matices del oro,  
 denso nublado se cierne,  
 con nubes color de plomo.

Miran las gentes al cielo,  
 con mucho afán en los rostros.  
 Con mucho afán en las almas.  
 Con grande temor de todo.  
 Y el cielo sigue ceñudo,  
 siniestro, lúgubre, torvo.

¡Ten piedad de los tus campos,  
 Virgen del Amor Hermoso!  
 Tu clemencia los ampare,  
 mientras los miren tus ojos.

Asfixia la grave calma,  
 bajo el nublado medroso,  
 donde los fúnebres velos  
 se enredan unos en otros;

lentamente, contagiados  
por el intenso bochorno.  
Y es mayor á cada instante  
la ansiedad en tantos rostros.

¡Ay del campo si las nubes  
abren sus senos, tan hondos,  
con fuerte lluvia de piedra  
que los desgarré de pronto!  
Las gentes miran al cielo,  
y el cielo prosigue torvo.  
Y espanta el silencio mismo  
del aire tan sigiloso.

Salta el viento. Y el nublado  
se estremece con sus soplos.  
Mil voces suenan, distintas,  
que parecen mil sollozos.  
Voces que dicen angustias.  
Voces que impetran socorro.  
Mas, ¿quién del cielo defiende  
sino Dios, desde su trono?  
¡Le ruega Tú, por tus campos,  
Virgen del Amor Hermoso!

Llueve. Con gotas espesas  
que rebotan en el polvo;  
marcando los sendos golpes  
con anchos huecos redondos.  
Y el trival, con mieses tantas,  
estremécese de pronto;  
¡de punta á punta pasado  
de terror!, ¡trémulo todo!...

Con que las voces acrecen  
que son á la vez sollozos.

La dura fuerza del viento  
rompe el nublado tan hosco,  
sin que la piedra descargue,  
por un azar milagroso.  
Se quiebran las cien montañas  
de rarísimos contornos.  
Vacilan sus anchas cumbres.  
Se rasgan sus senos hondos.  
Y es de ver el gran nublado,  
con tanta color de plomo,  
por el aire tan batido,  
por sus ráfagas tan roto.

Las voces que agora suenan  
ya dicen intensos gozos.  
Hechas jirones, las nubes  
á espacios vuelan remotos,  
y en tanto volar se enredan  
unos jirones en otros.  
Como en tropas derrotadas,  
presas de vértigo loco,  
se revuelven, mientras huyen,  
masas de infantes bisoños.

El Sol, que al viento secunda,  
muéstrase ya jubiloso;  
dispara contra las nubes,  
desde su mágico trono,  
flechas mil, que resplandecen  
con las colores del oro.

Y es símbolo rutilante  
de tanto buen alborozo.

Pasa el riesgo. Ya se tornan  
alegres al fin los rostros.  
—¡Ah, los pobres campesinos,  
cuando ven, con turbios ojos,  
casi robados sus bienes  
por *neblajes* como lobos! —  
Y bajo el cielo tan puro,  
bajo el Sol esplendoroso,  
se yergue el trigal. Y canta,  
¡de placer! ¡Trémulo todo!...

¡Bien por tus campos velaste,  
Virgen del Amor Hermoso!

## LA CANCIÓN DE LAS HOCES

En esta calma del ambiente,  
con un silencio tan profundo;  
con una luz tan cegadora,  
y en este lánguido sopor,  
alguien dijera que se siente  
un crepitar de luz del Sol.

*La luz se deshace en llamas,  
que ondulan como banderas  
que al ondular se incendiaran.*

Y por los densos trigos altos,  
entre sus densas, altas ondas,  
brillan las hoces relucientes  
de tanto rudo segador.  
¡Con tanto filo! ¡Tan bruñidas!  
¡Tan relucientes bajo el Sol!

*Las hoces cortan sin duelo.  
Los crujidos de las mieses  
son crujidos lastimeros.*

Vienen á tierra las espigas.  
 Ondas tras ondas, ceden, ceden...  
 Cuándo, sin flores, sus hermanas.  
 Cuándo, con mucha roja flor.  
 Y en grandes masas, lastimosas,  
 quedan tendidas bajo el Sol.

*La luz, sin cesar, abrasa.  
 La luz que en chispas se parte  
 después de brillar en llamas.*

Los segadores no reposan.  
 Siegan y siegan, rudamente.  
 Sin que distraigan su fatiga,  
 sin que profieran una voz.  
 En el silencio del ambiente.  
 Con un silencio aterrador.

*En una solemne calma,  
 que sólo turban los ayes  
 de las espigas segadas.*

Y allá se van. Por esos campos.  
 Allá se van, los segadores.  
 Con las cuchillas relucientes.  
 ¡Tan deslumbrados por el Sol!  
 Sin que reposen un instante.  
 Sin que profieran una voz.

*A mí me espanta el silencio  
 del hombre que sufre mucho.  
 .....  
 ¡Las hoces cortan sin duelo!*

## MAÑANA DE SOL

Bendiga la Virgen la mano  
 del hombre que siembra. Bendiga  
 la espiga y el grano.  
 La espiga,  
 flexible, cenceña, lozana,  
 que encierra los bienes del pan de mañana;  
 la espiga, tan rubia, gentil.  
 Y el grano, que llene las grandes paneras,  
 después de brillar por las eras,  
 en onda liviana, sutil.

El aire, que copia los tonos del fuego,  
 transmite las puras,  
 intensas delicias del hondo sosiego.  
 Y en tanto, por estas solemnes llanuras,  
 es todo promesa de ricas venturas.

¡Qué hermosa, la ardiente mañana de estío!  
 ¡Qué hermosa, Dios mío,  
 la cálida luz del verano!  
 ¡La luz sobre el llano! ¡Y el llano,  
 qué hermoso, tan lleno de sol!  
 Y al Sol, en el campo que brilla,

con tanto fugaz tornasol,  
qué grato, qué noble, vivir en Castilla,  
con noble vivir español.

Prosigue la siega.  
Prosigue la brega.  
Y en tanto que entrega  
su rubio tesoro  
la entraña de tanto risueño trigal,  
relumbra con brillos del oro  
la luz de los campos, que ciega  
con tantos reflejos del sol estival.

La luz en los campos es bien y alegría.  
Si llega del Sol es fortuna.  
Prefiera la luz de la Luna  
quien ame la vaga, doliente poesía,  
con vanos ensueños, en vana inquietud.  
Mas no quien comprenda, por gracia del Día,  
que el Sol, que regala calor y energía,  
regala caudales, poder y salud.

## NOCHE DE AGOSTO

Ya desaparecieron  
las ondas tan vivas,  
tan densas,  
de las altas mieses.

La brisa que ríe  
no dirá tonadas  
al pasar por ellas  
tan alegremente.

Llénase el espacio  
de fúnebres sombras.  
En los altos cielos,  
apuntan, asoman,  
millones de estrellas  
curiosas.

Fingen las gavillas,  
sobre el pardo suelo,  
y en la gris penumbra,  
miles de soldados  
que duermen, tendidos  
en la gran llanura.

La tierra, movida,  
partida, rasgada...  
parece que dice  
los grandes,  
recientes horrores  
de alguna batalla.

Sopla el aire tibio,  
con soplos  
muy lentos, muy leves.  
Las estrellas siguen  
mirando y mirando...  
¡misteriosamente!

Lejos, á lo lejos,  
los rastrojos arden.  
Parece que aún dura  
por aquellos campos  
el rudo combate.

Y en tanto, domina  
doquier el silencio.  
¡Misteriosamente!  
Por tierras y cielos.  
El silencio largo  
de las noches breves,  
llenas de misterios...

## LA CARRETA DE ORO

Marcha la carreta. ¡Con cuánta gavilla!  
Para el campo marcha, donde al fin, muy luego,  
bajo el Sol de fuego,  
comience la trilla.

Marcha muy solemne, muy lenta; cargada  
con mucha apretada gavilla dorada;  
feliz con tan rico tesoro;  
brillando con todas las tintas del oro;  
bajo el aire quieto, que por quieto pesa;  
bajo el gran bochorno, que la tiene presa,  
porque sólo marche, bajo el Sol ardiente,  
con tan lento paso, tan pesadamente.

Camina, rebota, rechina,  
y á las grandes eras su andar encamina.  
Trono rutilante, que marcha, parece.  
Trono que deslumbra, pues tal resplandece.  
Con tales destellos de fogosa lumbre,  
risueña, dorada. Y en tanto,  
desde las gavillas, las que forman cumbre,  
se escapan las notas de un canto.

Zagala muy bella lo entona.  
 Zagala muy bella,  
 que con lindas flores su frente corona,  
 mientras sobre el carro, como flor, descuella.  
 Con fulgor de estrella  
 mientras pasa brilla,  
 y en luces se envuelve del Sol de Castilla.

La alegre tonada  
 rompe de los aires el puro sosiego  
 con una, de notas, alegre bandada.  
 La grave carreta, dorada,  
 sigue caminando bajo el Sol de fuego,  
 bajo el gran bochorno, por la gran llanada.

Musa de Castilla, que dices amores:  
 tus gracias pregono,  
 mientras vas, tocada con tan rojas flores,  
 en la blanda cumbre de tan raro trono.  
 Rubia flor del trigo,  
 con tal gentileza, con tal hermosura:  
 ve que te bendigo  
 postrado de hinojos en tu gran llanura.  
 Musa Castellana,  
*moça tan fermosa* de la tierra llana;  
 pura, sin mancilla:  
 canta, luce brilla;  
 sobre el trigo prieto,  
 para el aire quieto...  
 ¡Y en tus voces vibre la voz de Castilla!

Carreta dorada:  
 sigue, tan radiante, por la gran llanada;

bajo el Sol ardiente;  
 noble, grave, lenta, perezosamente.  
 Con esa zagala garrida,  
 que va sobre el trigo con aire de rosa;  
 que el encanto dice de la buena vida,  
 de la vida sana, de la vida hermosa.  
 Con ella, vestida de luces y flores,  
 bajo el Sol, que abrasa  
 con tantos fulgores,  
 ante mis ensueños, de glorias y amores,  
 la visión radiante de Castilla pasa.

## CANTO DE TRILLA

«Voy por mar de espigas,  
en las rubias eras,  
más feliz que el hombre  
que en el mundo entero  
más feliz se crea.

»Por el campo rubio,  
respirando llamas,  
¡á la luz del Sol!  
Y el calor me azuza,  
que el calor es vida,  
y el vivir calor.

»¡Ah, los rubios trigos,  
en mis ricas eras,  
á la luz del Sol!

»Por impulsos corro  
de mi yegua bruna;  
la mejor que corre  
sobre tales eras,  
sobre tal llanura.

»Sin que en giros tantos  
ni la yegua ceje,  
ni me canse yo.  
¡Porque así cumplimos,  
trajinando juntos,  
con la ley de Dios!

»¡Sobre campos firmes,  
en la gran Castilla,  
y á la luz del Sol!

»La mi moza, guapa;  
la mi moza, buena:  
mientras voy trillando,  
tu canción me preste  
voluntad y fuerzas.

»Amapolas brillen  
por tus rizos negros,  
que tan negros son.  
¡Estará contigo  
cada flor que lleves  
como flor en flor!

»Trabajemos juntos,  
y á la par cumplamos  
con la ley de Dios.

»En mis campos rubios.  
Con mi yegua bruna.

Donde todos saben  
que te quiero yo.  
¡Donde el Sol nos llena  
de calor y vida!  
¡Trabajemos todos!  
¡A la luz del Sol!»

## LA GRAN LLANURA

Dilátase la llanura,  
muy tendida, muy callada;  
bajo la bóveda pura  
de los cielos, estrellada.  
Sin una sombra de villa  
que interrumpa los rastrojos.  
Sin una sombra de monte.  
Un redondel de Castilla,  
que encierra, para mis ojos,  
el aro del horizonte.

.....  
.....

El vasto cielo de Oriente  
refulge, con luz creciente;  
con un jovial arrebol.  
Surge la Aurora. Muy luego,  
como un escudo de fuego  
rutilante, surge el Sol.  
¡Regiamente!  
Con soberbia majestad.  
Lentamente.  
En la pura claridad,

en la azul diafanidad  
del ambiente.

Ante el Sol, que maravilla,  
y en tan profundo reposo,  
la llanura de Castilla  
como la página brilla  
de un libro maravilloso.

Los haces de luz solar,  
al correr por la llanura,  
signos trazan, al azar,  
de singular escritura.  
Grandes signos que se extienden  
sobre leguas, y que esplenden  
con singular hermosura.

Chispas los forman del Sol.  
Y en la llanura, que brilla  
con reflejos de crisol,  
dicen — bajo el tornasol  
de la luz: — ¡ANCHA CASTILLA!

POST NUBILA...